

SESIÓN NECROLÓGICA EN HONOR  
DEL ILMO. SR. D. EMILIO SERRANO ORTIZ



## ***INTERVENCIÓN DE D. JOSÉ M<sup>a</sup>. PALENCIA CEREZO***

Conocí a Emilio Serrano a mediados de la década de los ochenta, en alguno de los cenáculos expositivos de la Córdoba de entonces. Pero fue en los comienzos de los noventa cuando más estrechamos nuestra amistad. Fueron años importantes para ambos, en los que compartimos cosas grandes, como el nacimiento de su hija –Estrella– que se correspondió con el de mi mayor –Julio–; o la finalización de las obras de su nueva e impresionante casa-estudio entre las calles del Sol y del Viento, junto a la iglesia de Santiago. En ella había realizado numerosas reformas de buen gusto, que continuamente me invitaba a disfrutar, ya fueran arquitectónicas, pictóricas o de arqueología, terreno éste donde también había conseguido aportar unos pocos elementos a la misma, no por parcos, menos significativos.

Para entonces, Emilio ya había despertado en mí la fascinación hacia su persona... por su sabiduría, por su elegancia, por su tono vital pausado y caballeresco... por esa palabra amena, que nunca pronunciaba ex cátedra pero que normalmente invitaba a pensar, siempre situada una nota por encima de la mediocridad de los que nos rodeaban. De entonces recuerdo también sus espontáneas apariciones en los grupúsculos de artistas con los que eventualmente nos juntábamos para acudir a algún premio, o sencillamente para disfrutar del estudio de alguno de ellos, que era algo así como deleitarse en la cámara maravillosa de un príncipe del Renacimiento, por la cantidad de objetos curiosos y exóticos que, además de pintura o escultura, uno podía admirar en ellos. Pepe Morales, Paco Ariza, María Teresa García López, fueron algunos de ellos... con los que Emilio parecía querer complementar esa larga convivencia docente y cotidiana que habitualmente compartía con otros, como Povedano, Bujalance o Hidalgo del Moral.

Durante esos encuentros, a veces me daba la sensación de que Emilio se había “ido”... pero luego “aparecía” como de repente, insuflado por el genio de su arte, para transmitir luz al acontecimiento. Su manera de ser la sentía como de apariciones espontáneas, sus llegadas e idas –como sin tamborroteo–, siempre con discreción, como ensimismado, como reflexivo caminante siempre pensante en algo supramundano, sobre el motivo perfecto, el detalle exacto... sabiendo que en el taller le quedaba un nuevo reto que superar sobre lo ya superado.

Más modernamente recuerdo también sus espontáneas apariciones en el Museo de Bellas Artes, donde solía ir solo o acompañado de un par de amigos elegidos –Ángel Aroca, Arturo Ramírez–, exclusivamente para hacerme una pregunta de historia del arte –no siempre fácil de responder–, o ver un determinado cuadro o exposición... que, por

lo demás, nunca solía degustar entera, pues tan solo viendo un par de cosas le bastaba para saber de qué iba. Normalmente me decía, “ya volveré luego”.... lo que nunca tenía yo ocasión de verificar, aunque estaba seguro de que realizaba.

Porque Emilio era de los que hacía siempre lo que prometía, a pesar de que pudiera sonar a farol. Y además se comportaba así, no solo porque realmente estaba cerca de su casa, sino porque para él la contemplación de una obra de arte era como una meditación... un entrar en lo otro con todos y cada uno de los poros de la piel abiertos, con los sentidos expectantes... un empaparse de la obra, un embeberse todos sus intersticios.

Y es que Emilio era un exquisito que vivía y veía un mundo pluscuamperfecto, que siempre trataba de materializar en el momento. Por eso se fueron al traste mis últimas conversaciones con él pretendiendo que donase una obra para su ciudad, que finalmente no fue posible por esa especie de testarudez que tenía, y que a veces también lo traicionaba, quitándole amplitud de miras.

Esa era la condición de presente –y por tanto de realidad– que daba razón de ser al arte de Emilio Serrano, siempre embarcado en Córdoba y en sus mitos, en las siluetas de la ciudad y en los rostros de sus deidades, que hacía realidad trayéndolos a lo cotidiano con la magia de sus tintas, brocas y pinceles. La otra, su infinita fantasía, que lo sacaba de la realidad para hacerlo volar, a través del reino de lo sensible, a las cumbres más altas de lo que a él le proporcionaba la imaginación. De su palabra maestra siempre se aprendía muchísimo, especialmente a valorar aspectos inéditos de las obras, particularmente los relacionados con el ámbito de lo formal, que muchas veces me pasaban desapercibidos, tal vez por estar excesivamente centrado en el campo de los contenidos.

Para mí Emilio era, como a la vez, un Velázquez y un Veermer, un Walpole y un Reynolds; un Eduardo Naranjo y un Pepe Duarte; un Díaz Caneja y un José Hernández, aunque en el terreno del grabado creo que no puedo ser parangonable con él: él era el auténtico “rey cordobés del tórculo”, y uno de los magos andaluces más sólidos en el campo del estampado.

Y es que Emilio también una especie de alquimista del arte, que me enseñó especialmente a descubrir y valorar a un artista como Ramón Gaya (1905-2005), al que admiraba profundamente en su triple condición de escritor, litógrafo y pintor desde sus años de estudio en Barcelona. De hecho me dejó como legado –tras haber sido un regalo inesperado durante una de mis visitas a su estudio–, el libro *Sentimiento y sustancia de la pintura*, que a Gaya le editó en 1989 con todo lujo de detalle el Ministerio de Cultura y la Comunidad Autónoma de Murcia, excelentemente prologado por Andrés Trapiello.

Nunca he logrado dar respuesta al por qué de que Emilio destinara para mi ese libro, que recoge los escritos del artista murciano entre 1934 y 1988. Como no fuera porque deseara para mi escritura lo que él nunca habría podido obtener con la suya. En todo caso, parece claro que al igual que como sobre Francisco Brines, como sobre Juan Gil-Albert – según reconocía recientemente Carlos Marzal en un texto titulado “El artista completo” (*Mercurio*, febrero, 2012, p. 16), Gaya ejerció sobre Serrano también una influencia especial, esa que fascinó a tantos hombres de su generación, por su fina

sensibilidad y exquisita y profunda prosa, amén de por su sutil oficio con los pinceles. Tanto, como para que el propio Gil-Albert llegara a reconocerlo como el escritor que más le había influido en su vida, ya que rara vez se produce que en una misma persona confluyan los talentos del dibujante, del pintor, del poeta y del escritor, proyectándose de manera unívoca y creando un solo todo.

De lo que sí estoy seguro es de que ese libro marcó un punto de flexión en la trayectoria de mi pensamiento artístico, o mejor de mi reflexión sobre el arte contemporáneo, por lo que, además de como íntimo recuerdo, lo conservo como preciado tesoro en el anaquel joyero de mi biblioteca. Y también que, tras su detenida lectura, uno logra comprender cómo para Emilio, en su doble condición de docente-académico y también de artista independiente, si Goya suponía el modelo a seguir en cuanto al grabado, Goya era lo mismo con respecto, no solo a la pintura, sino también a eso que podríamos denominar “disposición existencial”. Por tanto, algo así como su maestro, su mentor intelectual y profesional, con cuya sensibilidad y manera de hacer y sentir el arte, él se compenetraba.

No me consta que Emilio llegara a haber escrito nunca poesía, ni incluso algún tipo de prosa. No obstante, lo dije antes y lo vuelvo a repetir ahora: con la desaparición de Emilio Serrano tal vez hayamos perdido al mejor dibujante cordobés del siglo XX.

Pero Emilio no se ha ido del todo de entre nosotros, ya que, este hombre de gran sensibilidad y mejor lápiz, se ha dejado aquí una importantísima obra. Una obra enraizada en el rico mundo de la atemporal y sensual realidad que en su vida supo como nadie plasmar partiendo de la Córdoba de sus vivencias, por lo que cabe pronunciar unas últimas palabras de alabanza en su memoria: BEATI PICTORES QUI IN ARTIUM MORIUNTUR (Bienaventurados los artistas que mueren en el Arte).

Porque Emilio estará siempre entre nosotros, flotando en la cultura. Y aparecerá siempre a través de sus obras. Esas obras arrancadas al silencio y al tiempo que, como ensoñaciones reales, se nos aparecen como especial invitación a vivir en su eterno sueño. Esas obras que, a través de la hermenéutica de la creación, alcanzan el punto más alto del deleite humano. Que son como el orgasmo que, amasando placer a partir de los ojos, hace vibrar de cuerpo entero a la razón, promoviendo la inteligencia.

Por eso, cuando se ha producido la tragedia, cuando se ha cumplido la realidad y el artista inigualable nos ha dejado en este mundo su fantasía ensoñadora y plasmada en academia ejemplar, tras haber desaparecido sin haber podido acabar su última obra... Esa que parecía no terminar nunca, esa que era como el parto de un cuadrado englobante de un círculo, que trataba de resumir en un instante el eterno paso del tiempo invocando a las tres parcas y las tres edades de la mujer, es que normalmente nacía de las paredes y muros de Córdoba pero moría en las esferas de la eternidad... Cabe incluso redundar esta rabiosa y lamentada despedida de amigo, exclamando de nuevo para él un último responso en forma de epitafio: GLORIA TIBI ARTIS (Sea para ti la gloria del Arte)

## ***INTERVENCIÓN DE D. MIGUEL VENTURA GRACIA***

*Tanto dolor se agrupa en mi  
costado ....*

Tiembla mi mano al volcar en el teclado el abatimiento y compunción que acarrea el adiós definitivo del Ilmo. Sr. D. Emilio Serrano Ortiz, que tan prematuramente nos dejó. Nada nuevo revelo si digo que esta noche rendimos homenaje a la memoria de un hombre esencialmente bueno –desprendido y generoso, honesto, indulgente– al que la naturaleza quiso agradecerle de unos dones sublimes, plasmados magistralmente en trazos irreversibles, decisivos, emocionales y sinceros a los que tan sólo los escogidos pueden aspirar.

Sé que no soy yo el llamado a hablar de esas virtualidades que orlaban el perfil de nuestro artista egregio, cuya memoria nos convoca y conmueve. Lo sé, digo. Pero esta noche, queridos compañeros y amigos, me niego al silencio. Y lo hago –ahora me dirijo a ti, querido Emilio– con la voz quebrada del recuerdo de tantos y tantos momentos de jugosos e interminables diálogos compartidos, y el goce de tu franca y efusiva amistad. No podría haber sido de otra manera. Un feliz cúmulo de circunstancias te auparon hasta la antigua *Ucubi* de los iberos, en la cima más elevada de la Campiña –¿recuerdas?– tratando de hurgar en archivos centenarios tu genealogía y ancestros. Era la voz de la sangre la que a voces te llamaba, Emilio, acelerando con fuerza el latido de tu corazón. Tú lo sabías, y respondiste a la llamada... La tierra nutricia de tus mayores –a la que Julio César, luego de vencer en Munda a Pompeyo, elevó a la categoría de Colonia inmune– parecía reivindicar para ella tu presencia. Y tú –seducido y con embeleso– hasta allá encaminaste tus pasos, con amagos de instalarte.

Una ermita cinco veces centenaria, donde establecer tu más que mimado estudio-taller de artista al momento te cautivó. Como novel enamorado, acudías anhelante a visitarla, plétorico de proyectos e ilusión. Mientras, de la cordobesa iglesia de Santiago –en la angosta calleja del Viento– el rosetón pugnaba con los vestigios de aquel edificio semiderruido, cuasi enigmático, a donde, en otros tiempos, concurrían a la misa dominical los que, por su indigencia, tuvieron dificultad para cumplir con el precepto en el templo mayor... Todavía se me antoja un misterio, querido Emilio, cómo el esqueleto de ese antiguo lugar de culto –hogaño desacralizado– te fascinó. Como te embrujó para siempre la *Specula* de raíces bajomedievales, a la que, desde ese momento, semana tras semana, no dejaste de concurrir. Fue un flechazo de amor filial, que tus dos Estrellas compartían con ardor.

Todo lo tenías previsto, querido Emilio: gestiones y más gestiones para seguir cultivando el arte –que con tanta maestría dominabas– en la propia patria chica que a tu ascendiente más directo alumbró. Fue una suerte. En todos los que, a partir de entonces te conocimos, caló hondo tu sin igual bonhomía, y tu rotunda sencillez. Y el arte –tu arte– que acá y allá brotaba inesperadamente en cuatro trazos mágicos, mientras los demás dialogábamos con displicencia, ajenos o sabedores de lo que ibas a brindar. ¡Qué privilegio, Emilio! Era un ambiente cuasi familiar en un entorno salpicado de los

viñedos y lagares más afamados de nuestra tierra, que pugnan a veces con el verde y plata de un incipiente olivar: “El Vínculo”. O en el otrora dominio del cereal –“Cabriñana”– muy cerca del enigmático Bajocillo o Guajocillo, el Guadajoz de hoy, el viejo *Salsum*, como Roma lo bautizó. Campo, campo, campo... Y siempre, aflorando el arte a través de comentarios magistrales y de primera mano, que ofrecías a tus amigos desde la más incitante humildad. Recuerdos..., inagotables recuerdos y afectos imborrables, ensombrecidos del punzante dolor que, desde una fría madrugada del último invierno, aún no hemos podido desterrar.

En casa de Nono, en la antigua Calle de las Eras del “Espejo” al que adorabas, el aura de tu espíritu aún pervive inmarcesible... ¡Cuánto se te echa de menos, querido Emilio! ¡Cuán familiar la estampa del artista, con Estrella –siempre su Estrella– y Estrellita, distendida y alegre, intentando dilatar la hora de la despedida! Y los ojos de una musa cautivadora y “romeraca” –como tú solías calificar– para dar culmen al cuadro inacabado que Ronquillo Briceño contempla a través del amplio ventanal de tu estudio, cuando los rayos de luna lo besa dulcemente y lo ilumina.

Pocas personas –y termino– encontramos en nuestro camino de la talla del inconmensurable artista y Miembro Numerario de esta Real Academia de Córdoba, con la modestia y sencillez que le adornaban. Lo tengo escrito: “Para nuestro querido Emilio –como para todos los grandes– la normalidad, la sencillez y su más que probada generosidad eran los pilares en los que basaba su existencia, su vida, su discurrir”. ¡Cuánto le queríamos! ¡Cuánto le queremos! Porque, mis queridos amigos y compañeros académicos, queridos familiares, mis queridas Estrella y Estrellita, estad seguros que Emilio, nuestro Emilio... vive. Los grandes –digo– y grande era el Ilmo. Sr. D. Emilio Serrano– nunca mueren. Ahí están y estarán por siempre su obra inigualable y su grandeza de espíritu para recordárnoslo eternamente.